



EL CONTADOR DE PIEDRAS

JUAN BAUTISTA RODRÍGUEZ

Un día de sol bajo, el funcionario estatal, físico muy renombrado y taciturno, raro amante de la samba y, por lo general, poco o nada comunicativo, dejó su trabajo en el Ministerio. Sin previo aviso a sus superiores, que lo aguardaron en vano durante días, *habrá tenido un contratiempo, una contrariedad inconfesable*, se decían, abandonó el Palacio de Capanema. Lo hizo por el pórtico principal de pilotes, como un ciudadano de tantos. Nadie reparó en su huida. Tampoco su amable casera, interrogada a posteriori por familiares lejanos, dio razón de su paradero. Con un hato de libros y pocas ropas, se lanzó a la calle y ya no se lo vio. De ciertos conocidos se despidió diciendo que se trasladaba a vivir en las aceras.



El funcionario de educación marcó ese día en su calendario como el de su definitivo fallecimiento. A partir de entonces el funcionario moría como tal, con su número de plaza, su nómina y sus trienios colgados al cuello en corona floral, y así daba paso a una nueva figura: *el contador de piedras*. Una misión le aguardaba de inmediato, tan vasta como irrenunciable: elaborar un registro de todas las piedras. Todas cuantas habían sido colocadas por manos encallecidas, unas junto a otras en una labor de locos, en las aceras de Río de Janeiro.

Siempre había tenido ese sueño, la extraña intuición de que aquellos pequeños pedruscos guardaban un significado. Cada pieza era en realidad un meteorito, una porción valiosa de polvo cósmico. En su blanco y negro craquelado se contenía toda la esencia del Universo, sólo había que confirmarlo. Con esta premisa metida en la cabeza, cada día se apoderaba de un trecho de calle y lo reconocía. Empezó por los barrios del norte, donde nadie paseaba. Contaba las piedras, una por una, luego extendía un acta. Anotaba todas las peculiaridades, extraía muestras, las marcaba y las guardaba en un saco. Por las noches dormía en una caja bajo puentes de cemento.

Pronto, el contador de piedras mudó de aspecto. Vencido por las penurias, se precipitó en la indigencia. Conforme su tarea se fue haciendo cada vez más sacrificada, más grandes los sacos de sus muestras, su cuerpo comenzó a marchitarse. Enflaqueció, le creció la barba, los cuencos de la cara, su espalda se combó peligrosamente y su hermosa tez de mulato se tornó amarillenta. Le dio por comer en estercoleros donde sus ropas tomaron el nauseabundo hedor de los gusanos. De este modo, la policía dejó de buscarlo. Nadie lo hubiese distinguido en el tropel de los *sin techo*. Pero su renuncia tenía sentido. Poco a poco, iba trazando un mapa estelar, un mapa donde cabían ondas, soles, planetas, satélites, anillos, sin olvidar los clásicos cuerpos ajedrezados. Un mapa que se salpicaba a diario con el chocolate de los tenderos, con el frenesí de los sambistas, con el sudor ácido de los ejecutivos, con la roja orina de los desahuciados.

Una vez al año, su suerte cambiaba. Con las pocas fuerzas que le iban quedando, se acercaba a Ipanema muy de madrugada. Allí se bañaba en las aguas purificadoras del Atlántico, una suerte de bautismo renovado. Luego se cambiaba de ropa, se recortaba con unas tijeras la barba, y en posesión de todas las monedas que hubiera arañado en los mugrientos bordillos, se compraba un billete para el Corcovado. Cuando estaba en la cima, con el Cristo hipnotizándole a sus espaldas, el contador de piedras miraba su obra con ojos casi divinos. Desde allí, las aceras desaparecían y las piedras se congregaban en átomos. Su Universo dentro de otro, su mapa engullido en una superior constelación. Veía el líquido elemento envolviendo los morros y pensaba en una materia interestelar que contuviera a todos los Universos, al suyo de allí, y a su paralelo del otro lado del océano. Las mismas piedras, las mismas estatuas braciabiernas... Se sentía entonces embargado, presa de una emoción irreprimible.

No obstante, con el tiempo, su condición se fue haciendo cada vez más precaria. Le dolían las piernas y los huesos corvos de la espalda. Su obra, la daba ya por inacabable. Guardaba decenas de sacos en las bocas abandonadas de alcantarillas. Una tarde, cruzando el parterre de Flamengo con uno bien grande a cuestas, no quiso cerciorarse. La carga le flagelaba el costado y se fió imprudente de las señales. El ómnibus venía volado. El conductor no lo distinguió en la calima. Como en un eclipse, la luz reventó y las piedras astillaron las pupilas de los autos.

JUAN BAUTISTA RODRÍGUEZ (Madrid, 1973) ha realizado los estudios de Bellas Artes en la Universidad Complutense y de Música en el Conservatorio de Arturo Soria; actualmente trabaja como bibliotecario en la Red de Bibliotecas Públicas Municipales de Madrid. Desde hace años, su principal interés creativo se dirige hacia la escritura. Es autor de varios relatos, del poemario *Donde mi dolor toma asiento* y de la novela *Umbrio, entre los muertos*, publicada en 2007 junto con la banda sonora del músico Eduardo de la Iglesia. Asimismo ha escrito la novela *El berbiquí* y la colección de relatos fantásticos, *Cuentos de indagación y neurosis*, ganadora en 2008 del XIV Premio de Cuentos del Ateneo de La Laguna. Ha publicado sus historias en revistas, blogs y antologías literarias, muchas de las cuales se pueden leer en su página web: www.juanbautistarodriguez.com.